

Gonzalo Araluce

Zona de operaciones

Las Fuerzas Armadas en misión:
desde Bosnia hasta Kabul

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
1. Masacre frustrada en Bosnia	17
2. Objetivo: derribar el avión español	35
3. Najaf	51
4. Operación <i>Tribal Kat</i>	69
5. «No se queda nadie atrás»	93
6. Super Puma caído en Afganistán	113
7. Un descenso a los infiernos en Bangui	131
8. Un cementerio en el Mediterráneo	151
9. El viento de los cien días	169
10. Atentado en Koulikoro	187
11. «Velamos a los nuestros»	203
12. La evacuación de Kabul	223

PRÓLOGO

Entre los miembros de las Fuerzas Armadas hay un dicho que reza: «La misión no acaba hasta que abrimos la puerta de casa». Es una frase que recuerda la necesidad de permanecer en constante alerta, ya que la amenaza puede cobrar forma en el momento más inesperado, sea una emboscada talibán en el desierto afgano, la irrupción de los terroristas suicidas en el Sahel africano o el impacto de un misil tierra-aire cuando se surcan los cielos de Croacia. También hay amenazas silenciosas, pero igualmente letales: las picaduras de los mosquitos con el consecuente riesgo de contraer la malaria, la temible combinación de altura y calor que atenaza los helicópteros o, por qué no, el recelo a que una rodilla recientemente operada no responda como debe ante el escenario más exigente. Un error supone la diferencia entre el éxito o el fracaso y, en definitiva, entre la vida o la muerte.

¿Cómo se enfrentan los militares a esas situaciones? Este libro trata de ofrecer una respuesta a esa pregunta. Y para ello se ha recogido una docena de testimonios en los que los protagonistas cuentan lo que han vivido en zona de operaciones; vivencias extremas que les han obligado a entregarse al máximo. Algunas son conocidas, como la reciente evacuación en el aeropuerto de Kabul, pero nunca narradas con la perspectiva y profundidad de estas páginas: «Solo pido que nadie tenga que pasar

jamás por algo así otra vez», concluye el sargento Enrique Carrión Molina, miembro del Escuadrón de Apoyo al Despliegue Aéreo del Ejército del Aire, uno de los efectivos que se lanzaron a aquel agujero de inestabilidad cuando los ojos del mundo estaban puestos en el devenir del pueblo afgano.

Otros episodios son absolutamente inéditos, a pesar del éxito de la intervención. Así ocurrió en República Centroafricana, cuando un puñado de soldados del Regimiento de Infantería Palma n.º 47 del Ejército de Tierra evacuó al personal diplomático de la Unión Europea atrapado en la vorágine en la que se sumía la ciudad de Bangui.

Pero, en definitiva, todos los relatos aquí contenidos abren las puertas a mundos dispares, en los que cada movimiento tiene consecuencias absolutas: «Cada persona llega con su historia, con su tragedia. Sacas a un niño y después le ves con vida con su madre. Pocas misiones tienen una repercusión tan inmediata», señala el marinero José María González al evocar sus vivencias en un Mediterráneo convertido en cementerio durante los peores compases de la crisis migratoria.

En realidad, hay tantas vivencias en la historia reciente de las Fuerzas Armadas como miembros las componen o lo han hecho en los últimos tiempos. Y una misma misión puede tener varios prismas, en función de si se le pregunta a una u otra persona implicada. Al hablar de los episodios vividos en Najaf (Irak) el 4 de abril de 2004, es probable que la narración de un soldado salvadoreño sea diferente a la de uno iraquí o a la de un contratista estadounidense. Incluso entre los propios militares españoles habrá, como es lógico, distintas formas de contar lo sucedido, porque cada uno se encontraba en una posición y atendía a una situación particular. El entonces capitán Jacinto Guisado explica aquí su papel en esos acontecimientos, la intervención más arriesgada de su vida.

Los relatos recogidos son una aproximación a ese sentir colectivo que sostiene tres décadas de misiones en el exterior, en muchos casos con aciertos en los más estrictos términos militares, pero también se da cuenta de los obstáculos con los que se encontraron o los fallos que entorpecie-

ron el transcurso de la operación. Los doce capítulos del libro recogen las impresiones, experiencias y destrezas de militares implicados en episodios destacados de las Fuerzas Armadas. Prima el relato en primera persona, toda vez que estas páginas van más allá de las costuras de los uniformes para conocer los nombres de quienes los visten, sus rostros, anhelos o reflexiones.

¿Cómo se preparan para afrontar esos riesgos? Algunos, como el coronel Pedro Miguel Alfonso, no entienden otra forma de estar en el mundo tras crecer en una casa de marcado carácter aéreo y militar. Otros admiten que vistieron el uniforme por otros motivos: el soldado Richard Ríos, cansado de la inestabilidad laboral que sufría como camarero en los bares de Huelva, tomó la decisión de entrar en las Fuerzas Armadas sin ser capaz de imaginar que algún día tendría que abatir a los terroristas que estaban dispuestos a perpetrar una masacre en la base maliense de Koulikoro con sus furgonetas cargadas de explosivos. Hay décimas de segundo que parecen condensar toda una existencia y largas horas que vuelan en un suspiro. ¿Se piensa en sobrevivir para volver a abrazar a la hija que espera en España o solo hay lugar para atender la amenaza que se tiene delante?

Bosnia, Irak, Afganistán, las aguas que bañan Somalia o las del Mediterráneo, Mali, República Centroafricana e incluso España son los escenarios en los que se ubican estos capítulos. *Zona de operaciones* es un viaje en orden cronológico desde la primera gran misión en el exterior hasta la evacuación del aeropuerto de Kabul; desde 1993 hasta 2021. Las líneas iniciales hablan de unas Fuerzas Armadas apenas acostumbradas a salir al exterior, mientras que las últimas visibilizan su carácter expedicionario y su plena integración en organizaciones internacionales como las Naciones Unidas, la OTAN o la Unión Europea. Sin ser ese su objetivo final, también supone un acercamiento a los intereses geopolíticos de España desde la llegada de la democracia. ¿Qué lleva a nuestro país a enviar una veintena de militares a República Centroafricana, en pleno estallido de la violencia civil? ¿Por qué los buques de la Armada navegan por aguas del

océano Índico, en las inmediaciones de Somalia? ¿Cuál ha sido el papel de los efectivos españoles en el avispero de Afganistán?

Ciento setenta y ocho militares españoles y tres intérpretes nacionalizados han fallecido en misiones internacionales. Algunos de ellos eran íntimos amigos de los efectivos que cuentan en estas páginas el dolor que sienten por las pérdidas irreparables. Porque, como resume el teniente coronel Máximo Blanco Rodríguez, quien afrontó nueve rotaciones en Afganistán a los mandos de un helicóptero Super Puma, no hay palabras para definir el momento en que uno se da de bruces con un ataúd que lleva el nombre de un compañero: «Un día estás jugando al mus con él... y al siguiente tienes su féretro delante».

Los protagonistas del libro forman parte del Ejército de Tierra, del Ejército del Aire y de la Armada Española. También de la Unidad Militar de Emergencias (UME), punta de lanza en la lucha contra el coronavirus. En tiempo récord se articuló uno de los mayores despliegues realizados hasta la fecha ante la emergencia sanitaria, como detallan los informes militares. Era una crisis que parecía casi irrefrenable cuando ya no había sitio —en el sentido más estricto de la palabra— para almacenar todos los cuerpos que la pandemia dejaba a su paso. El acondicionamiento del madrileño Palacio de Hielo como depósito de cadáveres fue la solución inmediata para evitar el colapso total. «No hubo un solo fallecido al que no le diéramos al menos unas últimas palabras de despedida. No los conocíamos personalmente, pero los sentíamos como si fueran de nuestra familia», asegura el cabo primero Marcos Carrión Rivas.

Zona de operaciones discurre a través de las reflexiones de sus protagonistas. El lector encontrará sus declaraciones en primera persona con un formato diferente, en aras de que tenga todas las herramientas disponibles para interpretar los sucesos a los que se hace referencia. También se han tenido en cuenta documentos que nunca habían visto la luz.

Otra frase que repiten los militares cuando regresan a casa es que lo hacen «con la íntima satisfacción del deber cumplido». Estos capítulos

rompen esa intimidad para ofrecer sus vivencias al lector con un afán divulgativo. La razón de ser de este libro es profundizar en las sensaciones, experiencias y cavilaciones de los efectivos cuando afrontan una misión de destino incierto.

Estella, 17 de enero de 2022

MASACRE FRUSTRADA EN BOSNIA

Era un camino hacia lo desconocido. Las Fuerzas Armadas afrontaban su primera gran misión internacional, en un despliegue que conllevaba la movilización de cientos de efectivos y de una cantidad ingente de recursos materiales. Una guerra había estallado en el corazón de Europa y España, bajo el mando de las Naciones Unidas, se lanzaba a un escenario volátil, Bosnia. Las imágenes recordaban a algunos episodios crueles que habían sacudido el Viejo Continente hacía pocas décadas. Matanzas indiscriminadas, trenes de deportados, niños huérfanos que no podían llorar sobre las tumbas de sus padres ante el temor de que los francotiradores quisieran poner a prueba su puntería. Las minas causaban estragos y todo aquel capaz de empuñar un arma se sumaba a la primera línea de combate. El invierno paralizaba en cierta medida la contienda, especialmente en las zonas heladas, pero la llegada de la primavera recrudecía el combate, mostrando el rostro más feroz de la batalla. Era una guerra total y las tropas españolas trataban de asimilar todas las novedades a las que se enfrentaban. Porque las Fuerzas Armadas, acostumbradas a permanecer en los cuarteles durante el franquismo, daban los primeros pasos hacia el exterior. Y eso suponía perfilar nuevos procedimientos, aprender a interactuar con contingentes de otras naciones o asumir que en las portadas de los periódicos nacionales —a la de Bosnia también se le

conoció como la guerra de los corresponsales por el envío de periodistas empotrados entre las tropas— se informase de la muerte de los soldados españoles en un conflicto que se desarrollaba tan lejos de su hogar.

Entre esas tropas que caminaban hacia lo desconocido figuraba un joven teniente de la Legión. Mucho se ha especulado sobre los motivos que llevaron al teniente José Luis Monterde a interponerse entre un grupo de musulmanes armados hasta los dientes y una muchedumbre de civiles croatas a los que querían asesinar, 171 personas entre las que primaban mujeres, ancianos y niños. El episodio pronto saltó a la prensa y los titulares destacaban la actuación del primer «héroe» español en Bosnia. Ocurrió en un páramo de difícil acceso y más complicada retirada, en las inmediaciones de Konjic, en el corazón del país. Algunas informaciones sugieren que Monterde desobedeció una orden directa de las Naciones Unidas que exigía su retirada de aquel lugar para no poner en riesgo a su unidad, rodeada de una excitación que solo se vive en la guerra. Parecía que ningún obstáculo evitaría que los perseguidores, combatientes enardecidos tras el fragor de la batalla, aniquilasen a su objetivo, los civiles que se escondían bajo las ruedas de los vehículos españoles. Sí, Monterde recibió una orden de sus superiores que le pedía que volviese a la base con los suyos. No obstante, tres décadas después, no obstante, explica por qué considera que no incumplió la orden. Sencillamente no podía salir de ahí. Su calma durante una tensa negociación evitó la masacre. Habla desde su despacho en la Escuela de Guerra del Ejército de Tierra, muy cerca de la calle de Princesa, en Madrid, y sus recuerdos son nítidos.

Eran los años noventa. Dos guerras mundiales se habían librado en Europa, pero la comunidad internacional no había sido capaz de impedir un conflicto que resucitaba los viejos fantasmas de las limpiezas étnicas. Yugoslavia se descomponía tras la caída de la Unión Soviética. Croacia y Eslovenia habían alcanzado la independencia. Bosnia-Herzegovina votaba en un referéndum a favor de su autodeterminación, pero lo hacía en un contexto de grave crispación, donde los líderes políticos enarbolaban banderas étnicas, nacionalistas y religiosas para azuzar una guerra que se

propagaba por toda la región. Con creciente frecuencia se escuchaban los nombres de Radovan Karadžić, serbobosnio, y de Slobodan Milošević, serbio; figuras que con el tiempo serían juzgadas por crímenes contra la humanidad, acusadas de conducir a aquella población a un callejón sin salida donde solo cabía el exterminio total del bando contrario. El primero, condenado a cadena perpetua por el Tribunal Penal Internacional de La Haya constituido para esclarecer los crímenes perpetrados en la antigua Yugoslavia. El segundo, muerto en su celda en pleno transcurso del juicio que escrutaba sus decisiones durante la guerra.

La población civil sufría los embates de la guerra. Todo valía para desgastar al enemigo. Disparos y explosiones, pero también hambre y terror. Por enemigos se entendía no solo a los combatientes, también a las mujeres, niños o individuos que, por cualesquiera que fueran los motivos, no tenían capacidad para lanzarse al combate. Ellos eran la retaguardia de la primera línea de la guerra, los que suministraban víveres y daban apoyo a los milicianos. Era una guerra civil que no entendía de blancos y negros. Todo era guerra y la guerra se hacía presente en los rincones más recónditos. Las minorías étnicas perseguidas en determinadas regiones eran capaces de cometer las mayores atrocidades en los espacios donde eran mayoría. Las fuerzas serbias y croatas planificaron la eliminación sistemática de las etnias rivales en sus territorios. Las violaciones de mujeres y niñas se multiplicaban, con especial voracidad contra las musulmanas.

La hambruna se extendía y la ONU aprobó la puesta en marcha de una misión de ayuda humanitaria. El propósito no era entrar en el conflicto de forma activa, sino vigilar el debido cumplimiento de los frágiles acuerdos firmados entre ambas partes y la protección de los convoyes que trasladaban todo lo necesario para la subsistencia de una población al límite de sus fuerzas. Esa sería la misión de las tropas españolas. El gobierno, presidido por Felipe González, con Julián García Vargas como ministro de Defensa, aprobó su despliegue en Bosnia a finales de 1992.

España contaba con muy poca experiencia en misiones internacionales. La estructura principal de las Fuerzas Armadas aún estaba muy pega-

da al territorio nacional. Los pocos antecedentes en el exterior remitían a una intervención del Ejército del Aire en Namibia, junto a fuerzas de otros cincuenta países, para supervisar el proceso de independencia y la celebración de elecciones libres. También a la Primera Guerra del Golfo, donde se desplegaron medios marítimos para asegurar el cumplimiento del embargo a Irak y una fuerza terrestre para dar asistencia a la población kurda. Eran pasos tímidos por el escaso número de medios que se enviaban, pero con los que España trataba de reconvertir a sus ejércitos en unas Fuerzas Armadas expedicionarias. José Luis Monterde vivió de primera mano ese proceso de adaptación.

Su familia había marchado por derroteros muy diferentes al mundo castrense. Sus padres se conocieron en Granada; él, aragonés, estudiaba farmacia y ella, puertorriqueña y descendiente de emigrantes españoles, medicina. Tras casarse, se instalaron en Zaragoza, donde nacieron sus tres hijos. José Luis era el mayor de los tres. La vocación militar le llegó por la ascendencia que las Fuerzas Armadas tienen sobre la ciudad. «De joven ves a los cadetes de uniforme en la Academia General Militar y es una vida que te atrae». Escuchaba historias de los alumnos, vivencias que conformaron su pretensión de ingresar en el Ejército de Tierra. Rondaba los veinte años cuando por fin entró en la Academia Militar. Recuerda que su instrucción era muy diferente a la que reciben los alumnos de hoy en día:

Para entrar teníamos que hacer un examen de ingreso con historia, ortografía, matemáticas, química... Había una primera parte de exámenes tipo test. Si los superabas, pasabas a los exámenes abiertos de matemáticas y otras cosas. Y luego tocaba el reconocimiento médico y unas pruebas físicas. Después empezaba la llamada «quinta prueba»: campamento de instrucción desde septiembre hasta principios de diciembre. Metían más gente que el número de plazas disponibles, porque a lo largo del proceso se producían bajas por lesión y demás. En diciembre te decían si ingresabas o no. Nos aceptaron a unos doscientos y empezamos el curso

lectivo para preparar la jura de bandera como cadete. La instrucción de ahora ha cambiado mucho respecto a la de entonces. En esa época había mucha carga de instrucción individual, todas las tardes ejercicios de combate. Ahora los militares estudian al mismo tiempo una ingeniería, por ejemplo, y se les tiene que dejar tiempo para ello.

Dos años en Zaragoza, otros dos en la Academia de Infantería de Toledo y un quinto año de vuelta a la capital aragonesa, donde se juntaban los militares de diferentes especialidades. Años de formación que «son muy diferentes a lo que se ve en las películas»: «El peso del equipo es considerable, hay fatiga y se aprende a tomar decisiones que pueden suponer la diferencia entre vivir y morir». Monterde salió de la academia como teniente y en 1992 se incorporó al Tercio Alejandro Farnesio de la Legión, en Ronda (Málaga). En esas fechas ya se adivinaba en círculos castrenses que las Fuerzas Armadas participarían en una gran misión internacional. ¿La guerra del Golfo? Era una opción real. Estados Unidos lideraba una coalición compuesta por más de treinta países para combatir a Irak —presidido por Sadam Husein— tras su anexión de Kuwait.

Pero el escenario más probable era que España atendiese la llamada de la ONU para desplegarse en Bosnia. En los mentideros militares ya se daba por hecha la participación en esta guerra. La naturaleza de la misión hacía evidente que el Ejército de Tierra —y no la Armada o el Ejército del Aire— aportaría el músculo y los recursos. Faltaba saber sobre los hombros de qué fuerza militar en concreto recaería esa responsabilidad. En el Tercio Alejandro Farnesio de la Legión intuían que serían ellos los elegidos para incorporarse a esa misión de Naciones Unidas, tal y como indica Monterde:

Queríamos participar en la misión, pero no recuerdo que hubiera una celebración o algún tipo de respuesta al enterarnos de que seríamos nosotros quienes iríamos. Entraba dentro de lo previsto. Llevábamos tiempo concentrando a personal de la Legión procedente de Ceuta, Me-

lilla y Fuerteventura, además de Ronda, para conformar el despliegue. A mí no me tocó entrar en ese primer contingente, sino en el segundo, que iría unos meses más tarde. Recuerdo que se los llevaron a todos a Almería y pasaron allí cinco o seis meses. Eso es mucho tiempo de preparación, pero es que no se sabía en detalle los cometidos y situaciones que se iban a encontrar en Bosnia. Se hizo un adiestramiento genérico muy alto y complejo, tanto para la unidad como a nivel individual, tratando de cubrir todos los escenarios que entonces se desconocían. Muy diferente a ahora, que está todo más orientado para cumplir un cometido en particular.

El primer contingente español se encontró con unas dificultades logísticas colosales en sus seis meses de misión. ¿Dónde dormir cuando aún no se han habilitado las instalaciones? ¿Cómo gestionar la comida, el aseo, las rutinas? ¿Cómo superar los problemas de la vida cotidiana para un Ejército de cientos de soldados? ¿Encajaría la coordinación con la ONU y el resto de países implicados? España envió primero a un puñado de militares españoles de comisión aposentadora; o lo que es lo mismo, a estudiar el terreno, la logística necesaria, las relaciones con otras naciones y, en definitiva, todos los detalles del despliegue. Sus pautas abrieron las puertas al envío definitivo de 700 militares españoles. Las tropas hicieron suya una base antigua del ejército yugoslavo ubicada en Divulje, Croacia, muy cerca de Split. Tuvieron que adecuarla y disponer todo lo necesario para comenzar la misión. A los pocos días se lanzaron a patrullar por aquel terreno desconocido, minado, roto por la guerra. Las distancias eran largas y el conflicto se libraba en buena medida junto a las carreteras que vertebran la región. Veían casas destruidas junto a las vías principales, aldeas arrasadas, una población militarizada en cualquiera de los dos bandos. Las armas estaban al alcance de la población, herencia de un servicio obligatorio que repartía los fusiles entre todos los jóvenes. Y si no tenían un arma, se preocupaban de obtenerla en los lugares más inverosímiles. Como el Museo de la Segunda Guerra Mundial,

en Jablanica, asaltado en los primeros compases de la guerra: no quedó ni un fusil que no se enviara a primera línea de combate.

Seis meses de misión no eran suficientes para alcanzar los objetivos en medio de aquel infierno. Menos aún cuando buena parte de ese tiempo se invirtió en atender las necesidades logísticas de un despliegue de esa envergadura. La Legión siguió la misma pauta que en el primer envío de militares y reunió efectivos de Ceuta, Melilla, Fuerteventura y Ronda para formar un contingente de reemplazo. Esta vez, sí, Monterde estaba entre ellos. Teniente, veintisiete años y mando sobre toda una sección, alrededor de treinta efectivos.

El periodo de formación fue mucho más reducido. Sabes dónde vas, tu responsabilidad, tus cometidos. La situación era más fácil respecto a la primera rotación que partió a Bosnia. Dudo que el tiempo de preparación llegara a los dos meses. La formación fue mucho más específica, hasta que en marzo nos dicen que ya nos marchamos. Me despido de mis padres, de una novia que tenía entonces. No fue una despedida difícil, porque desde hacía mucho tiempo habíamos asimilado que nos íbamos a ir. Recuerdo que me llevé algunos libros, gel de ducha para toda la misión, espuma de afeitar... como no sabes lo que te vas a encontrar cargas con todo. ¡Hasta nos llevamos una plancha para la ropa!

Era marzo de 1993. El grueso del contingente viajó hasta Split en barco, pero un puñado de militares lo hizo a bordo de un avión Hércules del Ejército del Aire que despegó desde Almería. Monterde era uno de ellos. Despegó «a punto de mañana» en un viaje cómodo, carente de dilatadas conversaciones a bordo por culpa del ruido ensordecedor de los motores de la aeronave. Llegaron a Split a mediodía. Aquello bullía de actividad. «Tienes que alejarte de las ideas de las películas —define Monterde—. En la guerra la gente sigue con su vida. Veías a niños que iban al colegio, comercios abiertos, atascos en las calles». Si frenética era la vida civil, más aún lo era en el ámbito militar. Había que recibir to-

dos los vehículos —blindados ligeros BMR de seis ruedas—, revisarlos y cumplir con las primeras actividades de mantenimiento. También urgía distribuir a las unidades en función de los cometidos más inmediatos para desplegarse en la base de Divulje. Los militares caminaban con precaución extrema en su interior, por unos caminos claramente dibujados, delimitados bajo señales que alertaban de amenaza: las viejas instalaciones del ejército yugoslavo aún estaban minadas. «Una locura», incide el militar.

En Divulje estuvieron el tiempo justo para recibir y ordenar el material y que llegasen todos los efectivos. «Uno o dos días». Ya organizados, partieron rumbo a la localidad de Dracevo, plaza principal del Ejército español. Lo hicieron a bordo de sus propios vehículos BMR. Primero discurrieron en paralelo al mar Adriático, después por una carretera junto al río Neretva. Dejaron atrás la ciudad de Metkovic para entrar en territorio bosnio, hasta por fin alcanzar Dracevo. Los vehículos iban muy cargados, con alimentos, agua y armamento, pero eran rápidos y salvaron las distancias en una única jornada. Los treinta militares bajo mando de Monterde estaban repartidos en tres vehículos.

A medida que viajaban al norte y se alejaban de las zonas pobladas se recrudescían las huellas del conflicto. Agujeros de bala en las señales de tráfico, casas en ruinas por el impacto de morteros. Y nieve a un lado y a otro. Se hacía notar el invierno, intenso pese a estar en marzo, más aún en las zonas montañosas. Los caminos, por lo menos, ya eran transitables. Había comenzado el deshielo y eso, en términos operativos, solo significaba una cosa: la guerra, aletargada en los meses fríos, despertaba con mayor crudeza. El contingente español había montado un cuartel en Dracevo para albergar las tropas y dirigir las operaciones. Monterde y los suyos se aclimataban a su nueva vida:

Era la primera vez que veía los contenedores en zona de operaciones. Ahora se usan en todos lados, grandes contenedores que puedes encajar entre sí o emplearlos de forma individual, y que dan soporte vital al contingente. Unos se emplean como dormitorios, otros como oficinas.

Yo dormía con otros tres compañeros en uno, donde se habían instalado dos literas. Eran catres duros pero que cumplían sus funciones. Otros contenedores se usaban como centros de comunicaciones, otros para el centro de mando... esas cosas no dejaban de sorprendernos. Tampoco estábamos acostumbrados al color de los vehículos, blancos, de la ONU. Se veían desde el quinto pino y eso te choca. Nosotros siempre los habíamos visto con su característico color verde. Eran muchas cosas a las que nos adaptábamos, la primera misión para todos nosotros.

El área de operaciones del Ejército español cubría una vasta región. Los mandos establecieron una serie de puntos estratégicos desde los que asegurar su presencia en el área. En Medjugorje montaron un cuartel general, en los bungalós de un antiguo hotel. Y en Jablanica, punto intermedio entre Dracevo y Sarajevo —donde terminaba la responsabilidad de la zona española— se habilitó un destacamento; una suerte de campamento, también con contenedores, en un viejo campo de fútbol regional. Los militares y vehículos españoles podían pasar allí largas temporadas sin necesidad de volver a la base principal. Así establecieron sus rutinas en Dracevo, sin tiempo para el descanso. «Un día haces guardia, al día siguiente escolta o patrulla y, al tercero, labores de mantenimiento, los vehículos llevaban mucho trote. Y vuelta a empezar». La gran maquinaria que era el Ejército español, 700 efectivos y todos sus vehículos BMR, comenzaba a funcionar de forma engrasada. Los militares adquirían experiencia, eran cada vez más eficaces en aquel escenario inhóspito.

La misión del 25 de abril no difería en exceso a las que Monterde y los suyos habían despachado hasta entonces. Su superior, el capitán Óscar Pajares, les había encomendado que patrullasen la carretera que discurría junto al Neretva hasta Sarajevo para asegurar el paso de los camiones de ayuda humanitaria. La escalada de las hostilidades obligaba a redoblar los esfuerzos en este punto. Monterde dio las órdenes a su equipo y constituyó un convoy de vehículos BMR para vigilar la ruta. Cinco vehículos en total: los tres de su sección y otros dos de apoyo, especialmente adaptados

para cumplir con diferentes propósitos. Uno, para las telecomunicaciones, esencial en una época en la que salvo contadas excepciones no se estilaban los teléfonos móviles. El otro, con una pala excavadora para despejar cualquier obstáculo que impidiese el paso, abría la comitiva. En estos compases de la guerra era habitual que ciudadanos militarizados, con una autoridad que se arrogaban ellos mismos, cortasen las vías con barricadas más o menos improvisadas. Estos dos últimos vehículos los controlaban militares de la Brigada Paracaidista, que se sumaban a los legionarios al mando de Monterde.

En total, treinta y cinco efectivos. Desayuno antes del alba y chequeo de vehículos. Últimas instrucciones para repasar los pormenores de la misión. «¿Todo en orden?». Los militares respondieron al unísono a Monterde: «Sí, mi teniente». Así pues, se pusieron en marcha a las cinco de la mañana. Habían patrullado esa misma carretera decenas de veces y conocían cada palmo. Aún se asombraban por la magnitud de la naturaleza, bosques que se extendían hasta donde alcanzaba la vista y montañas de cumbres nevadas. Monterde observó en lontananza la ciudad de Konjic y recordó aquella vez en la que escoltó a una autoridad a una reunión en esa localidad. Mientras se celebraba el encuentro, aguardaba con un compañero en una plaza, donde jugaban unos niños con una pelota. De pronto y sin comprender el motivo, Monterde vio a todos los niños correr sin previo aviso. La plaza quedó desierta en cuestión de segundos. «Era la primera vez que escuché la explosión de los morteros», recuerda el legionario. «El disparo del mortero lo oyes en la salida o lo oyes llegar en la rama descendiente. Los niños habían acostumbrado su oído y eran capaces de detectar si llegaba cerca, lejos, si había quedado corto en alcance o si les iba a caer encima. Y tenían razón: el mortero cayó allí en medio. Por suerte a nosotros no nos pasó nada».

Los pensamientos de Monterde discurrían entre esas amenazas y el propósito de la misión. Certificó la composición del convoy. El vehículo con la pala excavadora iba en cabeza. En segundo lugar, un BMR de línea con sus legionarios a bordo. Él iba el tercero, justo en medio, para